

SEPTIEMBRE 2011

## María Rosa Oliver - Eugenio Guasta: Correspondencia 1960-1976

*Por Natalio Botana*

Cuando me tocó acompañar con un prólogo el libro de Eugenio Guasta *Cuaderno de Tarsis* (Buenos Aires, Letemendia, 2002) dije en aquel texto que eran memorias del propio viajero, diarios de intimidad que se proyectan sobre el mundo exterior. Con el mismo tono del observador discreto, Eugenio proseguía recorriendo las estaciones del caminante reunidas previamente en *Papeles sobre ciudades* (Buenos Aires, Tiago Biáñez, 1995). Estos tres géneros –el viaje, la memoria y los diarios que se van anotando a mano, rasgando el papel, en cuadernos y libretas– marcaron la gran tradición literaria de siglos pasados, del XVIII al XIX y a los comienzos del XX.

Para completar la galería nos faltaban los testimonios, hoy olvidados o acaso sujetos a maltrato por las nuevas tecnologías, que contiene la correspondencia epistolar. Esta es la preciosa novedad, aunque se remonte cincuenta años atrás, que el lector podrá disfrutar a continuación. Disfrute por partida doble: de la palabra escrita y del pensamiento comprometido en una época en que las utopías se confundían con la violencia. Son tres lustros, entre 1960 y 1976. Durante ese breve período, la figura de María Rosa Oliver adquiere el rasgo, que permanecía en la penumbra de la historia hasta esta publicación, de una escritora en diálogo tendido con su inteligencia y sensibilidad, avizorando un nuevo sentido de las cosas centrado en la visión trascendente de la vida humana.

La primera conversión de María Rosa es conocida por cualquier espíritu inquieto que se haya asomado a la traumática historia del siglo XX en la Argentina. Nacida en 1898, esta hija de una familia patricia, admirable memorialista (tal vez, en mi opinión, la más grande de cuantos han retratado las primeras décadas

\* Prólogo del libro “María Rosa Oliver - Eugenio Guasta: Correspondencia 1960-1976” leído durante su presentación en el CARI el 20 de septiembre de 2011.

de la centuria), quebrado su cuerpo por un temprano ataque de poliomielitis que la postró para siempre en una silla de ruedas, María Rosa fue un testigo de su tiempo que jamás rehuyó encolumnarse en el amplio espectro de la izquierda, en su caso orientado por las estrategias y consignas de la internacional comunista. La frase final de *La vida cotidiana*, el segundo tomo de sus memorias, lo dice todo al respecto: “En julio de 1936, estalló la guerra civil en España. Supe qué lado era el mío y por ese lado proseguí el camino”.

Esta decisión no fue sencilla de sobrellevar, aunque habitualmente contó con el halago cortesano de unas organizaciones aptas para cultivar ese tipo de apoyo. Los compromisos se sucedieron a lo largo de los años, en plena Guerra Fría, envueltos en un sentimiento culpable, debido a su pertenencia de clase, que siempre la conducía a poner en tensión los ideales asumidos con las realidades de una existencia burguesa. En 1970 escribe a Eugenio: “A veces creo que todo esto [se refiere a inconvenientes domésticos] responde a un designio divino contra mi derecho a ser propietaria, estando yo contra ese privilegio”. Y un año antes, en ocasión del “cordobazo” (29 de marzo de 1969) declara: “Nuestro pueblo es capaz de reaccionar contra la injusticia”,

mientras revisa originales para un concurso de novela en “mi coqueto departamento del Barrio Norte”.

Aquí, entonces, el perfil de un personaje proclive a juicios poco complacientes, cuando se contempla en el espejo de una existencia plagada de proyectos a medio hacer, que, en los años altos, se abrirá a otros horizontes situados más allá del límite de la historia. Es una conversión que se producirá de a poco, sin los relámpagos de misa solemne al modo de Paul Claudel, recorriendo las playas de nuestro litoral atlántico, conversando con unas “monjitas” pertenecientes a las corrientes del cristianismo de liberación, asistiendo a las reflexiones del sacerdote Arturo Paoli, o bien intercambiando estas cartas con Eugenio (“con nadie –le confiesa– he estado más a mi gusto”).

Este gusto de estar en el diálogo tiene la contraparte de un viajero en Europa que, también, está a la escucha de la trascendencia en los misterios de la eucaristía y de la Pascua de resurrección. Conversión pues a dos voces, cuyo argumento no sólo circula por la meditación en torno a las Escrituras, o a las disquisiciones teológicas, sino que se adentra en el paisaje, en el universo de los colores y aromas de dos continentes, en el amor filial y

en la amistad.

Si tuviese que recuperar las formas de la vida, presentes en estas páginas, no dudaría en referirlas al espíritu franciscano que se identifica con la naturaleza para levantar con ella, sin menoscabo alguno, el trayecto de la fraternidad. Por otra parte, Eugenio es un retratista de ley. Lo es cuando consigna en su diario el momento en que conoció a María Rosa, en una recepción en la casa de Angélica Ocampo, y describe, con estilo cercano a Proust, el desfile de caracteres, vestimenta, colores y gestos en aquella elegante escena de Buenos Aires. “Cuidado con las cosas que le dice ésta”, lo previene Victoria Ocampo. “Esta”, María Rosa, es la otra parte de una amistad entrañable, a la cual los velos ideológicos, que por aquellos años opacaban la convivencia, impedirán un deseado entendimiento: “Veo poco a Victoria: me angustia la barrera de incomunicación que con ella siento, qué raro: el cariño a pesar de ello, queda intacto. Es como ver de lejos a una persona a la que el corazón te tiene atado... Me fa male”.

Trunco el contacto inmediato, la amistad no decrece. Y estos hábitos del corazón, resistentes a las contingencias políticas, son un dato indispensable para entender ese gran capítulo de la sociabilidad argentina que se manifiesta en el

ejercicio frecuente de la amistad. Es un juego de círculos concéntricos que van desde la intimidad familiar hasta alcanzar otras dimensiones, al calor de la pasión literaria o participando en la región más vasta de los valores compartidos. En estas páginas los amigos son abundantes. Los de siempre, fieles y pertinaces (Sarita, Jorge, Pepe Bianco...) y los más recientes que, junto con la familia, se van sumando a la corte feliz del estío con sus raptos de impaciencia, y acaso de mal humor pues no hay amistad verdadera sin esos deslices.

Todo esto se radicaba en Las Toninas, un conjunto de varias casas edificadas en una costa aún despoblada, contorno de arena, viento, mar y pampa. Las Toninas es un actor tan presente en esta correspondencia como sus protagonistas. Es un hogar hospitalario que habla o se traslada, por obra de la imaginación literaria, de un punto a otro de la geografía. “Tenemos que charlar en Roma – escribe Eugenio– como si Roma fuese la ventana de Las Toninas”.

Las Toninas es el pequeño mundo que alberga la interioridad de una creencia por fin asumida, la tragedia personal y la agonía de una sociedad que temblaba y vomitaba odio recíproco bajo aquel suelo tan fresco de los

veranos de la costa. Un tríptico difícil de abarcar. La agonía corresponde a una época que se juzgaba a punto de sucumbir: “...algo termina, como en el bajo Imperio”, le sugiere Eugenio a María Rosa. ¿Concluía o comenzaba para repetir. En un círculo pavoroso, los mismos desatinos?

En este choque entre un presente que caducaba y un futuro aún en tinieblas se instalan las incógnitas de una prosa agónica. En 1970, la literatura le permite sobrellevar a María Rosa el impacto de los secuestros, asaltos a bancos y al poder, con “sus variadas interpretaciones”. El país, declara, “de mal en peor”. Al año siguiente reconoce que “sigue todo oscuro; no veo salida”. En 1972, antes de despacharse en contra de las boutades de Borges, que literalmente no soportaba, advierte lo peor: “Te hablo de libros, caro mío, y sé que lo hago por postergar lo inevitable: hablarte de la situación trágica de nuestro país”.

Lejos de aplacarse, el clima de violencia aumentaba. Ya no se trataba de secuestros y robos; también asomaban la tortura y la muerte. ¿Tenía la violencia algún significado redentor para María Rosa? En 1969 afirma: “Un alud, una cruenta bola de nieve (pero candente) se precipita. La revolución tendrá fondo evangélico, pese al freno que intenta ponerle la jerarquía...”. Tres años después pone las pasiones en la

balanza: “No me gusta la violencia pero prefiero al cura guerrillero que al cura mundano”.

En términos teóricos, la violencia no era ajena al pensamiento de María Rosa. Se había formado en la corriente impulsada por ese gran relato que hacía de dicha violencia, producto necesario de la lucha de clases, la partera de la historia. Con el paso de los años y la racionalización estratégica que los partidos comunistas habían ido decantando, en particular en Europa occidental, esos estallidos en forma de “alud” se habían alejado de las probabilidades inmediatas de la acción. Ahora, en cambio, en el extremo sur del continente americano, la violencia reaparecía con prepotencia y parecía dividir las aguas, tanto en la tradición cristiana como en la tradición marxista.

Ambos enfoques, imbuidos de una visión escatológica de la historia, apostaban a favor de una redención secular capaz de clausurar unas antinomias anacrónicas. “El cristianismo –aduce Eugenio en 1972– debe dar al marxismo su espiritualidad”. María Rosa va más lejos. En el Sábado de Gloria de 1970, recorre con “las monjitas” la playa: “... ellas y yo, con nuestras vidas, principios y doctrinas somos como los dos extremos de un mismo

palo... No obstante y para el mundo que ahora nos toca vivir, esas diferencias las dejaremos de lado y la identificación en la acción y en los propósitos es perfecta”. En realidad, en medio de aquella tormenta, el cristianismo animado por la voluntad de transformar la sociedad, estaba franqueando el umbral que separaba la democracia de la revolución.

El espesor de este asunto tiene un linaje francés que María Rosa conocía de primera mano. Jacques Maritain había destacado en su filosofía política de los años treinta, cuarenta y cincuenta, la inspiración cristiana de la democracia como fermento de una sociedad pluralista. Contemporáneamente, Emmanuel Mounier, al que había vuelto a leer Eugenio en 1975 junto a Teilhard de Chardin, enfiló su filosofía personalista hacia una crítica de fondo del capitalismo que debía canalizarse, en sus expresiones concretas, mediante el método democrático. El ensamble de cristianismo y revolución fue una tercera vuelta de tuerca, enérgica y chirriante, que redujo las opciones a un esquema binario en el cual los católicos integristas, devotos de la contrarrevolución, y los cristianos revolucionarios remontaban por igual el caudal de la violencia. Los resultados fueron catastróficos, sobre todo en el curso de la década del 70.

De algún modo, esta era una catástrofe colectiva que dejaba en María Rosa el eco de la muerte. El punto de inflexión llegó cuando esa tragedia histórica, anónima en muchos casos (aunque no en todos), se convirtió en tragedia personal, como si un acontecimiento inesperado se hubiese colocado en aquellos procesos para ella inevitables. En pleno verano de 1975, un accidente de ruta aniquiló súbitamente a la sobrina de María Rosa con sus dos hijas, “los seres que yo más quería”; los chicos, como recordaba en 1969, cuyos juegos e inocencia, junto con el despertar de los talentos, renovaban su sensibilidad. Esa “mamina” ahora callaba y permanecía a la espera de otras palabras, transida “por un atroz dolor sin lágrimas ni gritos” que apenas contenía “las ganas de meterme en una cueva y aullar como un lobo”. Ese fue el dolor inmenso que María Rosa arrastró durante aquel año terrible, justo cuando Eugenio fue ordenado sacerdote en Roma.

Es curioso: a lo largo de este diálogo, siempre late en María Rosa el deseo de volver a su refugio en el mar, lugar de armonía y afectos en una sociedad desbocada. Luego, una vez que la tragedia penetró en ese espacio de alegría, familia y amigos, la apertura hacia otra dimensión se hace más acuciante.

Eugenio responde invocando a San Pablo en Corintios –“¿Dónde está muerte tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón?... Desde el fondo de nuestros gritos, sin sonido y sin voz, estamos llamando, estamos pidiendo esa palabra”–, le dice, mientras María Rosa explora los límites de la condición humana. A ella, vieja ilustrada que exploraba el designio oculto de la razón en la historia, en aquellos días le resultaba “imposible escribir la Razón con mayúscula”. Con Teilhard levantó la mirada: “Tout ce qui monte, converge”. Son los últimos años.

La muerte de aquella anciana en pleno control de su inteligencia –la de la escritora María Rosa Oliver según las necrológicas de ocasión– llegó pocos meses después de un ansiado reencuentro en Las Toninas, en febrero de 1977. Días después de aquella partida que dejó a la intemperie tantos afectos, Victoria Ocampo y Eugenio Guasta lloraron juntos esa pérdida en las oficinas de Sur.

**Natalio Botana** / Historiador y Doctor en Ciencias Políticas y Sociales. Profesor emérito de la Universidad Torcuato Di Tella. Columnista del Diario La Nación.

Para citar este artículo:

Botana, Natalio (2011), “María Rosa Oliver - Eugenio Guasta: Correspondencia 1960-1976” [disponible en línea desde septiembre 2011], Serie de Artículos y Testimonios, N° 73. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: <http://www.cari.org.ar/pdf/at173.pdf>